



SI VERCINGÉTORIX
LEVANTARA LA CABEZA

Jesús María García Albi

SI VERCINGÉTORIX
LEVANTARA LA CABEZA



Primera edición: octubre 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús María García Albi

ISBN: 979-13-88411-56-4

ISBN digital: 979-13-88411-57-1

Depósito legal: M-25156-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Vercingétorix que vino en sueños a pedirme que escribiera
la parte desconocida de su vida. Aquí está.*

*A mi esposa Amparo, por sus cincuenta y tres años de
amor y paciencia.*

A Noa, por sus quince años de cariño y lealtad.

PRÓLOGO

Podría inventar una historia o dárme las de algo que no soy, pero la realidad es que cuando escuché a mi padre hablar de Vercingétorix, lo primero que me vino a la cabeza fue el mundo de Astérix y Obélix. Con sus marmitas y sus muslos de jabalí. Eso es así. Y, evidentemente, a estos dos personajes no te los vas a encontrar por aquí.

Me fascina como, a partir de hechos históricos que se conocen, mi padre busca ese hueco, ese agujero temporal sobre el que no se sabe bien que pasó. Tenemos el antes, tenemos el después y, en esa distancia entre ambos, él se deja llevar creando su historia.

Almudena Grandes decía que el historiador se rige por la verdad documental y el novelista por la verosimilitud narrativa; Flaubert, en *Salambó*, intentó resucitar y reconstruir la historia apoyándose en datos históricos a la vez que creaba personajes ficticios para poder articular la trama. Todo eso resuena con lo que ha hecho en este libro.

Mi padre, tirando del hilo de la historia, ha ido creando lo no contado, lo perdido o lo olvidado. Y ¿quién sabe? Igual con ello nos está contando lo que verdaderamente sucedió, lo mismo está desenterrando una idea que, como decía Stephen King, para él son como fósiles que el escritor debe excavar con cuidado y paciencia para no estropearlas. Quizás, si le preguntásemos a Platón, nos diría que las historias no solo imitan a hechos o personajes visibles, sino que reflejan las esencias y verdades profundas que existen en el mundo de las ideas.

Sea como sea, me gusta pensar en que las novelas de mi padre son un poco como el gato de Schrödinger, que son verdad y no lo son al mismo tiempo. Lo que sí es seguro es que en este libro te sentirás como si estuvieses mirando a través de una mirilla en el tiempo a muchos personajes que conoces, pero a los que igual no has visto en su intimidad, verás las relaciones entre ellos, su erotismo, sus conversaciones y las aventuras y desventuras que vivirán. Sin lugar a dudas, te entretendrá.

Así que, adelante, sumérgete en esta historia. ¡Por Tutatis!

MARTA GARCÍA PERIS

Hija del autor, amante de la escritura y devoradora de libros.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
1. EN SOLEDAD	13
2. EL HIJO DE CELTILO	21
3. VERCINGÉTORIX Y JULIO CÉSAR.....	27
4. VERCINGÉTORIX Y AKILA.....	35
5. VERCINGÉTORIX Y CLEOPATRA	51
6. VERCINGÉTORIX Y SU EJECUCIÓN.....	67
7. VÍSPERAS DEL VIAJE A EGIPTO	89
8. RUMBO A ALEJANDRÍA.....	101
9. ANIPPE.....	151
10. EL RÍO NILO.....	163
11. LAS PIRÁMIDES Y LA EFIGIE	175
12. GAEL Y CESARIÓN.....	217
13. OTRA VEZ EN ROMA.....	241
14. LOS IDUS DE MARZO.....	265
15. LA DESPEDIDA	275
16. VÍA AURELIA.....	287
17. ALSIUM.....	313
18. AMOR EN VÍA AURELIA.....	333

19. CAMUFLAJE DE LA <i>CARPENTUM</i>	363
20. SE SEPARAN LOS CAMINOS	399
21. POR FIN VUELTA A NEMOSO.....	415
22. LUTECIA	447
23. AVARICUM, UN TRISTE RECUERDO	461
24. EPÍLOGO.....	481
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	483

1. EN SOLEDAD

Las últimas horas del alba están llegando cuando el hombre se sienta sobre el lecho en el que estaba recostado mientras se masajea el cuello, que le duele.

Cubre su desnudez con las ropas, escasas, que estaban perfectamente plegadas en un escabel a los pies de la cama.

En una pared existe un gran espejo que ocupa toda una pared. Al pasar ante él, gira su rostro y al ver su imagen pega un salto, sobresaltado.

—¿Quién sois? —exclama.

Ante la postura provocativa que observa y el silencio que obtiene como contestación, se acerca lamentando no tener arma alguna a su alcance.

El intruso en la habitación también se acerca a él sin armas, lo que le tranquiliza en principio.

Se detiene y el otro hace lo mismo.

—¿Os burláis de mí acaso? —dice levantando la voz.

Entonces se da cuenta de que el otro mueve la boca a la misma vez que él, pero no le escucha, ni tan siquiera un susurro.

Extiende un brazo amenazador y ve que el otro no solo no se asusta, sino que a su vez extiende el brazo contrario hacia él, como queriendo parar el golpe.

Piensa que si llega a su alcance y le agarra de la mano lo puede voltear, ya que tiene la sensación de que es algo menos corpulento que él.

Decide agarrarle por sorpresa. Por ello, se detiene y fija su mirada en su oponente, el cual hace lo propio. Espera a ver

si en algún momento dirige la mirada a algún otro lugar de la estancia.

Al cabo de unos momentos comprueba que no le pierde de vista. Va a tener que decidirse, aunque no disfrutará de unos momentos de ventaja que siempre son de agradecer y a veces suficientes para propiciar la victoria en el cuerpo a cuerpo.

Toma aire un poco más en profundidad y se adelanta para agarrarle de la muñeca. El golpe que recibe al impactar contra la superficie del espejo le llena de estupor más que de dolor.

Se agacha dando por hecho que el otro va a tratar de golpearle a él cuando comprueba que a su vez se ha agachado y su cara la tiene casi tocando la suya.

El vaho que exhala nubla un poco la visión de su oponente, lo que le llama la atención.

Mueve la mano suavemente y ve que toca algo frío y duro, pero no a persona alguna, lo que lo llena de asombro y un cierto miedo frente a algo desconocido.

En eso, ve cómo una serie de rayas salen entre él y su oponente, y de repente la imagen hecha mil pedazos cae al suelo con gran estrépito. Ante él aparece una pared como las otras. Mira el suelo y comprueba un sin fin de imágenes. Toma un trozo y se lo acerca a la cara. Un ojo le mira. Lo lanza lejos contra la pared y ve que se hace añicos. No alcanza a entender lo que es aquello.

Se incorpora y al caminar pisa varios trozos de espejo, lo que le produce dolor. Ve que sangra por la planta de uno de los pies donde se le ha clavado un trozo que se arranca sin miramientos, pero intenta salir del lugar donde está sin pisar los cascotes caídos, donde ve se asoman distintas imágenes que varían según se mueve.

Está claro que algo mágico encierran, pero a su vez su enemigo ha desaparecido. No piensa darle más vueltas.

Se acerca a una cortina y la aparta, apareciendo ante él un paisaje campestre nublado y desierto hasta donde alcanza su vista.

No recuerda en absoluto qué hace ahí dentro. Solo nota un dolor en el cuello como si alguien hubiera tratado de estrangularle.

Sale de la estancia, estirándose todo él, como si hubiera pasado siglos inmóvil.

Se sienta en una roca totalmente desorientado. No sabe dónde está con exactitud, si bien el paisaje le es familiar. Esos montes, esos valles, ese río... sabe que le han visto más de cien veces. U otros muy parecidos.

Al fondo, entre la penumbra, adivina, más que ver, unas construcciones extrañas para él que no alcanza a saber de qué se puede tratar. Destaca una especie de lanza gigantesca apuntando hacia el cielo.

—El mayor gigante que pueda imaginar es incapaz de poderla lanzar, se decía. Ni tan siquiera desenclavarla del suelo. O me engaña mucho la distancia y la niebla, que no termina de levantar.

»¿Y dónde estarán mis valientes guerreros galos? ¿Cómo es que pueda estar yo solo sin ninguno de mis hombres?

Un pájaro de mediana envergadura acaba de posarse en una roca cercana. Cualquiera diría que le mira con descaro, como si supiera las respuestas a sus preguntas y sin ningún miedo ante la cercanía humana.

Viene a su recuerdo cuando, siendo muy jóvenes, Julio César y él, que compartían la misma tienda en una de las distintas campañas, se sentaron a conversar como buenos amigos a pesar de que el romano estaba en un estatus social bastante superior al del galo y tenía unos doce años más que este último.

En esas estaban cuando un ave semejante a la que tiene ahora cerca de él se posó, más o menos, a la misma distancia.

Julio tomó su *pilum*¹ y se la lanzó más con ánimo de espantar que de ensartar. El animal se elevó dejando pasar el arma que iba girando en un plano horizontal y volvió a posarse en el mismo sitio emitiendo un ligero ruido entre trino y graznido. Estaba claro que no deseaba irse ni por esas.

—Dejadle estar —dijo Vercingétorix medio riendo—, no creo que vaya a contarle a nadie lo que hablemos.

1. Especie de lanza corta propia de las legiones romanas, que a su vez copiaron de los celtas

—Desde luego. Tampoco vamos a hablar de secretos de Estado que pudieran descubrir nuestras próximas campañas que alertasen a nuestros enemigos. Solo le faltaría a Roma tener como enemigos a los pajarracos.

Y se echaron a reír al unísono, mientras el visitante alado permanecía en su punto de observación como si estuviera interesado en lo que hablaban aquellos dos personajes, después de una batalla en la que habían luchado codo con codo.

El galo, que formaba parte de las legiones romanas, había aprendido el latín por la convivencia con los demás soldados. Además de una inteligencia innata, tenía una gran facilidad para aprender otras lenguas, habiendo llegado a entender bastante bien a los germanos y a algunas otras tribus contra las que había luchado.

Eran muy buenos amigos, dentro de lo que cabía en las legiones, y que encima lo fueran un romano que se sabía podía llegar muy alto y un galo, hijo de un jefe de una de las tribus más importantes aliadas con los romanos en esos momentos, era algo que no todos comprendían, y aún eran menos los que lo veían con buenos ojos.

Julio César tenía fama de mujeriego, y aún en medio de las campañas, encontraba un hueco para saciar sus impulsos sexuales, que a veces llegaban a ser obsesivos. Y su amigo no le iba a la zaga, lo que había afianzado el grado de confianza entre ambos.

Algunos habían propalado el rumor de que le gustaban al romano tanto las mujeres como los hombres, pero Vercingétorix estaba convencido de que no era así, a pesar de que hasta en cierto modo era algo frecuente entre los legionarios, debido en gran manera a la falta de mujeres en algunas zonas de contienda.

Ambos amigos habían salido muchas veces a «la caza de las jóvenes», como acostumbraban a denominar a la busca y captura de las mujeres. Algunas, las menos, se lo ponían complicado, pero finalmente todas acababan siendo seducidas por los dos amigos. Siempre que las buscaban las encontraban, cuando no eran ellas las que les perseguían.

En más de una ocasión habían pasado la noche los dos amigos en una tienda con dos o más jóvenes y al amanecer encabezaban la

vanguardia de sus tropas, dando ejemplo de valentía y efectividad a sus hombres. Ello había contribuido en gran manera a alcanzar ese alto grado de confianza que solo ellos sabían su motivo verdadero, lejos de rumores más o menos malintencionados.

En situaciones extremas, gracias al arrojo del uno, el otro había salido con bien de un trance complicado. Ellos sabían que se debían mutuamente la vida, lo que aún les unía más, aunque jamás habían comentado esos hechos no ya ante terceros, sino entre ellos mismos. Habían sucedido y no querían darles mayor importancia. Por ello acababan considerando que no se debían nada. ¿O que se debían todo?

Vercingétorix vuelve a la realidad de su soledad, a la vez que se pasa la mano por debajo de la rodilla derecha, donde tiene una hendidura debida a un *pilum* que, por suerte para él, solo le dio de reflón y no le atravesó la pierna, lo que posiblemente le hubiese acarreado una cojera permanente si no le hubiera hecho perder la pierna o incluso la vida. Las infecciones estaban a la orden del día y eran motivo de muchas bajas.

Recuerda entonces que Julio César tenía una cicatriz muy similar a la suya, lo que siempre habían considerado que era un capricho de los dioses y los elevaba a la categoría de héroes.

En su mente hay algo que le inquieta. Es la soledad que le rodea. No recuerda haber estado tan solo nunca, ni cuando era un niño. Pero sensación de peligro inminente no llega a tener. Acaba no sabiendo cómo definir la sensación que siente.

El pájaro se aleja en vuelo rasante, dejándole aún más asombrado del silencio que le rodea.

Recuerda, con cierta añoranza que estaba solo si se iba, cuando era muy joven, más bien un niño, a entrenar en el manejo de la *gladius hispaniensis*². Se imaginaba un enemigo más fornido que él y lo atacaba con distintas formas e intensidades. Saltaba a su alrededor antes de lanzarle el golpe definitivo y acabar con su opositor vir-

2. Espada de origen hispánico que adoptaron como arma reglamentaria las legiones romanas. Disponía de un corte casi perfecto y permitía una penetración fácil y profunda gracias a su hoja de doble filo y una punta bastante pequeña, lo que facilitaba sacarla con cierta facilidad del cuerpo ensartado del enemigo.

tual, habiendo esquivado sus posibles ataques. Y repetía cientos de veces las mismas maniobras para perfeccionar su arte de la guerra sin que nadie le viera y pudiera aprenderse sus argucias.

Ello le daba una seguridad que, a pesar de la soledad, no llegaba a pesarle. Terminaba riendo y sudando mientras se imaginaba al enemigo desangrándose ante él, pidiéndole clemencia. Lo único que conseguía era que el galo lo rematara, en su imaginación, con rapidez y efectividad para ahorrarle sufrimientos.

Siempre se había planteado que si un malhadado día era herido de gravedad, no iba a implorar misericordia alguna. Más bien todo lo contrario, iba a intentar con las fuerzas que le quedasen revolverse contra su enemigo para, si tenía suerte, acabar con él y, en caso contrario, que él fuera rematado y morir lo antes posible, y de ese modo no dejar disfrutar a su enemigo más de lo imprescindible.

Morir después de bastante tiempo, de resultas de una herida, era algo que no deseaba en absoluto. Incluso había pensado, si se daba tal situación, en quitarse la vida o pedir a alguno de los suyos que le ayudara a hacerlo. Verse inválido pensaba que era el peor suplicio que le podrían aplicar.

Cuando veía en sus campamentos a algunos que después de haber sido grandes guerreros se habían convertido en «un saco de huesos con carne», incapaces de valerse por sí mismos, se preguntaba cómo podían soportarlo. Él prefería morir a vivir así.

Si lograba que le dejaran algún caballo, procedía de la misma forma, ensayando el asalto, al contrario, el esquivar al enemigo, el cabalgar colgando al costado de su montura para sorprender al enemigo al emerger a su lado como surgido de la nada. Incluso era capaz de volverse hacia la grupa de su montura y sorprender con esa maniobra inesperada al contrincante que iba en su persecución, acabando con él de tal manera que se iba al otro mundo sin saber cómo se había podido encontrar, cara a cara, con el galo si este iba delante de él, dándole la espalda con su poblada melena al viento.

Esta maniobra la había ensayado cientos de veces, dando con sus huesos en los suelos en más de una ocasión. Y siempre se repetía:

—Como te caigas en combate, Vercingétorix, eres hombre muerto y te cortan la melena con la cabeza incorporada. Ya puedes no volver a caerte más.

Y se incorporaba de nuevo para repetir la maniobra, que al final dominaba a la perfección.

2. EL HIJO DE CELTILO

Vercingétorix, en su soledad recién estrenada, después de haber salido de una estancia para él extraña, siguió recordando su pasado de juventud, no sin antes volver a mirar hacia la puerta por la que había salido y que permanecía entreabierta, para ver si hacía acto de presencia el opositor que había desaparecido. Al parecer era para siempre, ya que nadie asomaba por el dintel de la puerta.

Sacudió la cabeza con energía y tornó a sus recuerdos de cuando era joven, que había comenzado a desempolvar.

Siempre había sentido admiración por Celtilo, su padre, líder de los arvernos, que, conforme fue creciendo, se percató de que era una de las grandes tribus de las Galias, si no la más importante.

No tuvo ocasión de disfrutar muchos momentos de su compañía y cuando está su padre de vuelta de sus incursiones con ellos apenas le concede gran atención. Pero es algo muy normal entre todos los niños de la tribu la desatención paterna, y más si su padre es el jefe de la tribu.

Su infancia se había desarrollado en una población a las orillas del río Liger (Loira actual) rodeado de su madre y hermanos, además de infinidad de chiquillos de edad aproximada.

Estaba acostumbrado a la presencia de los romanos, principalmente soldados, que solían ir de paso la mayor parte, además de las fuerzas allí establecidas como guarnición de ocupación, que no eran muy numerosas o al menos no se hacían notar.

Había también bastantes mercaderes asentados en la población en zonas situadas, en general, a las afueras, y estos sí se hacían no-

tar con las ventas de sus mercaderías, que anunciaban tratando de atraer la atención de los posibles compradores.

Al anochecer, en numerosas ocasiones organizaban pandillas infantiles cuyo objetivo era robar sin ser vistos productos de las mercaderías romanas, tanto comestibles como de otro tipo. Sabían que, si les cogían, la paliza, en el mejor de los casos, que iban a recibir sería muy dura y que durante una larga temporada se les iban a quitar las ganas de más fechorías. Mas la memoria era flaca y volvían a las andadas animados en gran manera por los que estaban saliendo con bien de sus incursiones.

Y no podían quejarse a sus padres porque, además de estar advertidos, en algunas ocasiones recibían un castigo doméstico, ya que los arvernos no querían tener problemas con los romanos, que les proveían en muchas ocasiones de materias más elementales desde el punto de vista de alimentación.

Además, los mayores de la tribu tenían en sus mentes el recuerdo de su lucha y derrota contra los romanos unos 50 años antes, mandados estos por los generales Cneo Domicio Ahenobarbo y Quinto Fabio Máximo Alobrógico, de infausto recuerdo.

Por lo que sabían los niños, esos generales hicieron preso a su rey Bituito, al que no habían llegado a ver nunca, ya que estuvo detenido en una primera instancia y posteriormente, con el fin de evitar revueltas y de que intentara escapar por sus propios medios o bien ayudado por sus partidarios, lo llevaron preso a un lugar de Roma, del cual no sabían ni les importaba su nombre, donde debió morir. Unos decían que de muerte natural y otros, los más, ajusticiado por sus carceleros.

Y todo eso pasó años antes de que ellos vinieran al mundo, y, por ello, al nacer veían como algo natural que estuvieran bajo el mando de los romanos, según la mayoría de sus padres, y bajo la tutela y protección según los soldados romanos.

En cualquier caso, ellos corrían por donde se les antojaba sin entrar en los campamentos del ejército romano y no sentían en modo alguno el yugo de Roma.

De hecho, los arvernos, que eran favorables a la presencia romana, se lo debían a los lustros que llevaban en esa situación que les había supuesto prosperidad y paz. Es más, muchos de sus antecesores habían fallecido rodeados de los suyos, lo cual, en las etapas precedentes de luchas, bien con los romanos, bien con otras tribus, era impensable.

Además, la estancia de fuerzas romanas disuadía a otras tribus, germanas sobre todo, de realizar incursiones, y si se acercaban, eran meras avanzadas en son de paz, dispuestos a traficar con distintas mercaderías.

Así pues, los años habían ido transcurriendo, casi se podría decir de manera placentera para los niños y jóvenes, siendo su mayor diversión los juegos en los que usaban armas simuladas que muchas de las veces las fabricaban ellos mismos de manera artesanal. Algunos se especializaban en un solo tipo de ellas y se las pasaban a otros por medio de trueques más que de ventas. Eso lo habían aprendido sobre todo de los comerciantes romanos.

Vercingétorix, recuerda con una sonrisa en sus labios, era de los pocos niños que se fijaban en las niñas y, además, le gustaban más las romanas, sin saber explicar del todo la razón de ello. Por una parte, el corte de cara se le hacía muy distinto al de las galas y por otra las ropas que vestían les daban un toque más sofisticado que a él no le pasaba desapercibido, y, según iba creciendo le producían ciertas excitaciones que no alcanzaba a entender, pero que le gustaba sentir.

Sin embargo, y contra lo que podría pensarse, era muy tímido con todas ellas desde bien pequeño, lo que le diferenciaba más de sus amigos de juegos, que, si se dirigían a las niñas, era para burlarse, cuando no para quitarles sus juegos.

Por su parte, las niñas se fijaban en la abundante cabellera del niño, que en muchas ocasiones era más abundante que la de ellas. Y eso también atraía en demasía la mirada de las pequeñas romanas.

Incluso si jugaba con un pequeño casco, su melena sobresalía hasta más abajo de los hombros y era fácilmente identificado por

sus admiradoras, que no participaban en los juegos masculinos salvo en muy contadas ocasiones en que necesitaban alguna «prisionera» y siempre era más fácil, *a priori*, si elegían una niña, aunque más de una vez esta les salía respondona y se lo hacía pasar mal a él y a sus compañeros de juego.

Y todas ellas, sin excepción, querían ser secuestradas o atadas a un árbol por el niño de la melena larga. Y si bien sabían que era el hijo del jefe de la tribu, no les impresionaba en absoluto, como tampoco a sus amigos.

Pero lo que sí sabían es que nunca podían usar a una niña romana como prisionera «de verdad», aunque a más de una no le hubiese importado lo más mínimo si se trataba del arverno de la larga melena el que la hiciera prisionera y procediese a atarla para que no escapara. Se resistiría lo suficiente para sentir el contacto del joven en su cuerpo. Pero como los descubriera algún soldado romano, el castigo sería ejemplar tanto para los que la habían hecho prisionera como para esta misma por brindarse a dicha situación.

Por todo ello se olvidaban de dichos juegos, si bien sabían de algunos jóvenes un poco más mayores que al anochecer se citaban con chicas en zonas umbrías relativamente cercanas a la ciudad, no sabiendo de manera exacta para qué.

Lo que sí sabían los más chicos es que los mayores no salían juntos del poblado, sino que lo hacían por separado tanto en el tiempo como en el lugar por el que lo hacían. Y la vuelta era con las mismas características de «despiste». Ya se enterarían antes o después. No les preocupaba en absoluto. Las luchas entre ellos era lo más importante que podían hacer antes de que pudieran incorporarse a las fuerzas activas de la tribu, que era su único deseo.

Cada vez que alguno de los compañeros de juego, un poco mayor, se incorporaba a las fuerzas de la tribu, era una clara demostración de mayoría y de poder demostrar su habilidad en la utilización de las armas, y todos le miraban con envidia ansiando poder ellos dar el salto con sus mayores para combatir, bien contra otras tribus galas, bien contra los germanos a los que acusaban de barbarie, que

era el enemigo común, del cual habían escuchado mil atrocidades a sus mayores, algunos con heridas de guerra contra los germanos.

También había vivido el pequeño galo la experiencia de saber que alguno de aquellos que se había marchado a luchar no volvería jamás. Y en otros casos, los menos, había vuelto mal herido alguno, con lo que, viéndolos, no sabía si era peor morir en combate o hacerlo pudriéndose sin apenas poderte valer entre cuatro paredes y, en el mejor de los casos, a la puerta de tu casa, a la que llegaban arrastrándose la mayoría de las veces. La cara de sufrimiento y tristeza de aquellos jóvenes mermados se bañaba con una expresión de envidia cuando veían a alguno de sus compañeros pasar corriendo y gritando. Si no reflejaban en sus caras las ganas de morirse, les faltaban muy poco.

Vercingétorix seguía con sus entrenamientos en solitario cuando no había niños suficientes para organizar una guerra. Sabía que el tiempo de campar por sus respetos por las calles se acercaba a su fin, si bien su padre no le había comentado nada al respecto. Y que de su preparación dependía el que pudiera vivir muchos años. En pleno combate sabía que cada cual defendía su propia vida y que, si uno iba dispuesto a que alguien le echase una mano, su vida iba a ser muy reducida.

Podía contar con los dedos de las manos el número de aquellos que, tras una batalla, comentaban que estaban vivos gracias a la ayuda de un tercero, quien, por el contrario, al haberse arriesgado a ayudarlo, había caído herido o muerto en muchos casos.

Es más, tenía a veces la idea de que su padre había mandado retrasar su incorporación a las tropas, suponía que llevado por un cierto espíritu protector. Pero sabía que no podría ser mucha la demora, ya que debía dar ejemplo y que, además, algunos otros cabecillas no aceptaban de buena gana a Celtilo como el jefe más importante de los arvernos.

3. VERCINGÉTORIX Y JULIO CÉSAR

Siendo un *adulescens*³, se consideraba que ya era lo suficientemente mayor para incorporarse a la guerra. Eso fue lo que estimó Céltilo cuando a la vuelta de una escaramuza le dijo a su hijo que iba a formar parte de sus fuerzas y le dio un abrazo sin decirse nada más.

Había pasado el tiempo de participar en las legiones romanas, con las que había perfeccionado sus artes de la guerra, a luchar contra otras tribus galas y germánicas.

Desde el primer momento demostró a propios y extraños su valía y su capacidad combativa, lo que llenaba de orgullo a su padre, que veía en él a un puntal extraordinario.

Pero había algo que le hacía sobresalir y destacar del resto, no solo de los que se acababan de incorporar al ejército de los arvernos y demostraban su bisonñez, sino de guerreros más veteranos. Era su capacidad de mando, de aglutinar a las fuerzas a su alrededor. Fijaba objetivos a lograr y sus estrategias sorprendían a los suyos y, lo que era mejor, al enemigo, que caía derrotado, aunque contase con mayores fuerzas que las escasas que Vercingétorix llevaba con él. Su padre no salía de su asombro

Aunque los arvernos, mandados por su padre eran prorromanos, las tropas romanas habían abandonado su poblado. En él solo permanecían algunos viejos comerciantes y artesanos romanos que habían optado por quedarse allí con el beneplácito de los galos, que estaban acostumbrados a sus mercancías. Vivían en unas

3. Joven menor de los 30 años.

zonas restringidas en que no eran molestados y podían realizar sus labores artesanales con total libertad. Además, no presentaban problema alguno al estar desprovistos de armamento, por lo que no podrían crear conflicto alguno.

En muy poco tiempo se fue olvidando de que había sido niño y de que los juegos de guerra se habían transformado en batallas a vida o muerte, en que muchas noches las pasaba bajo las estrellas, agarrado a su *gladius*, en espera del siguiente combate al amanecer, sin apenas comer ni descansar.

Cuando vencedores regresaban al poblado, eran recibidos con alborozo por la familia, siendo agasajados con todo lo más gratificante desde el punto de vista culinario que las mujeres se habían esmerado en preparar, acompañado de todo tipo de bebidas.

Cierto tiempo después hubo un acontecimiento que alteró a los arvernos y a él en especial.

Hubo un complot organizado por las distintas aristocracias arvernas que trataban de hacerse con el poder y el derecho al trono, de resultados del cual Centilo fue asesinado. Al parecer, en dicho atentado tomó parte activa un hermano de Centilo, celoso de su carisma, que siempre había estado a la sombra de su hermano, sin destacar en ningún aspecto, pero ávido de poder y protagonismo.

La oposición al nombramiento de Centilo como rey de los arvernos era su figura hegemónica sobre el resto de los cabecillas. Estos pensaban que se crearía una dinastía no subyugada a Roma, lo que podía llevar a romper el tratado firmado con los romanos unos sesenta años antes, y con ello entrar en confrontación con ellos y perder la seguridad y prosperidad lograda en todos esos años.

El asesinato de Centilo tuvo el efecto contrario a lo que habían pretendido sus ejecutores. El joven Vercingétorix se vengó dando muerte a muchos de los asesinos de su padre. Otros se dieron a la fuga al ver lo que les podía ocurrir. Y los que decidieron no darse por vencidos y plantaron cara al que consideraban inexperto joven pudieron comprobar en sus propias carnes y hasta en las de sus familias que se habían equivocado de medio a medio.

Y todo ello iba haciendo que no solo los guerreros a modo individual, sino que distintas tribus, se unieran bajo sus órdenes, algo que nunca había sucedido entre los galos, que siempre habían luchado cada uno por su lado, lo que les había hecho sucumbir en la mayoría de los casos.

Vercingétorix, haciendo gala de sus dotes innatas de acaudillar, fue atrayendo a las distintas tribus por primera vez en la historia y...

Llegado a ese punto de repaso de su vida, el galo se hizo una pregunta:

—¿Qué hubiera pasado si mi padre no hubiera sido asesinado y hubiera llegado a ser el rey de los arvernos?

Estaba convencido de que las tribus galas no se habrían unido y de que Roma se hubiera aprovechado de ello para imponerse sobre todas ellas.

Por otra parte, los arvernos se habrían aprovechado de su amistad con los romanos y crecido en paz y prosperidad. O quien sabe si Roma, llevada por su soberbia y afán de poder, no habría tratado de esclavizarlos junto con las otras tribus galas.

Una bandada de grullas pasó por encima de su cabeza y le devolvió a su juventud y al repaso que estaba haciendo de su vida.

Se planteó ir consiguiendo el apoyo de cuantas más tribus mejor, con el objetivo de enfrentarse a su antiguo amigo, Julio César, que se estaba anexionando distintos territorios galos, y expulsarle de la Galia. Sabía que el romano era un gran estratega y que su misión era muy dificultosa. No solo por lo bien disciplinadas que estaban las distintas legiones romanas, sino porque cada tribu gala tenía una forma de actuar distinta, y someterlas a las mismas normas de comportamiento no solo frente al enemigo, sino en las distintas maneras de moverse, aprovisionarse, atacar y replegar, iba a ser una misión difícil de lograr, además de dilatada en el tiempo.

Una vez lograda su victoria sobre Roma, suponía que, no sin esfuerzo, llegaría a ser el caudillo único y primer rey de toda la Galia. Era otra batalla que le esperaba de orden interno entre las distintas

tribus galas. No podía olvidar el final de su padre, y eso que solo se trataba de su propia tribu.

Años después de que Vercingétorix fuera aunando tribus bajo su mando, si bien mantenía una muy débil línea de aliado con Roma, los eburones, una tribu gala fuera del círculo de influencia de los arvernos, asentada junto al Mosa, acabaron con una legión romana, noticia que corrió como la pólvora por la Galia.

Julio César no podía consentir semejante humillación, ya que le podía llevar a tener que salir de la Galia con todo lo que eso conllevaría, sobre todo en Roma. Decidió dar un escarmiento ejemplar, y para ello movilizó una docena de legiones con las que le dio tal correctivo que exterminó a la tribu de eburones.

Ello no evitó que algunas otras tribus, la de los carnutes y los senones, se levantaran contra Roma en rebeliones esporádicas.

Con el tiempo, Vercingétorix, fue atrayendo a tribus galas que tenían firmadas alianzas con los romanos. Sabía que era la única forma de poder tener éxito en la expulsión de los romanos de la Galia. Fue adquiriendo preponderancia en las asambleas de las tribus, empezando por la suya, de donde le había expulsado su tío, hermano de su padre, de Gergovia. Siempre sospechó que debió de formar parte de los que habían asesinado a su padre.

Volvió a Gergovia y fue proclamado rey de los arvernos. Mandó mensajes a las distintas tribus recabando su apoyo, como así fue sucediendo de modo más o menos entusiasta y en números muy dispares.

Se fue despertando en él un verdadero sentido militar muy agudo que tenía *in mente* dos aspectos en su forma de actuar.

Por una parte, consideraba que para los galos era una ventaja combatir en tierra propia, lo que no les sucedía a las legiones romanas, que estaban lejos de sus cuarteles, con lo que eso conlleva de depender de sus suministros a la hora de desplazarse por la Galia traídos desde fuera. Ello incitaba al galo a plantear con bastante

éxito y sin el menor riesgo, siempre que le era posible, la «táctica de tierra quemada»⁴.

Por otra, continúa firmando acuerdos con el mayor número posible de tribus galas para comandar sus distintos ejércitos y combatir al que se ha convertido en enemigo único de todas ellas: Roma, personalizado en el procónsul Julio César.

Llega un momento en el que Vercingétorix consigue aunar a los pueblos situados en el oeste y centro de la Galia. Julio César, por su parte, viendo que se puede producir una sublevación de gran calado, se desplaza de la Galia Cisalpina hacia Narbona con diez legiones romanas de características muy distintas, desde unas fuertemente preparadas a otras totalmente fuera de toda disciplina militar, deseosas de volver a sus cuarteles generales en Roma.

La aplicación por parte del arverno con gran precisión y éxito de su tierra quemada y el evitar al máximo la confrontación directa con las legiones le permitía agotar a estas, restringir sus aprovisionamientos y producir temor en el enemigo sin apenas sufrir pérdidas.

Vercingétorix, en su afán de aunar todo el pueblo galo, se enfrentó y derrotó a algunas tribus galas que tenían alianzas con Roma y no terminaban de ver con buenos ojos al líder galo y menos enfrentarse a sus aliados romanos, aunque poco a poco fue consiguiendo variar la tendencia, y el número de tribus que rompían su alianza con Roma y se declaraban aliadas de Vercingétorix iba aumentando, lo cual era muy preocupante para Julio César.

En las llanuras de Gergovia, junto al río Allier, tuvo lugar el primer enfrentamiento entra ambos jefes cara a cara. Fue una gran

4. Táctica de tipo militar que lleva a los ejércitos, en sus avances o repliegues, a terminar con todo lo que deja a su paso: cosechas, ganados, edificaciones. De ese modo, cuando llega el ejército enemigo a la zona devastada, se ve en la necesidad de proveerse de todo e incluso de reconstruir las infraestructuras mínimas, refugios y vías de comunicación para facilitar su acopio y avance. Además de los desastres militares, produce también daños económicos y psicológicos en la población, todo ello sin necesidad de una especialización por parte del ejército que la lleva a cabo, lo que facilita su aplicación y eso da, incluso, un aumento de euforia en las fuerzas que arrasan a su paso.

victoria para las fuerzas galas, que contaron con el refuerzo de fuerzas hasta hacía poco del lado romano. Ello produjo una sensación de hundimiento total en las fuerzas romanas que obligaron a las legiones romanas a abandonar el campamento y salir huyendo del lugar.

El eco de dicha victoria animó a unirse a la mayoría de las tribus que hasta ese momento permanecían indecisas, haciéndolo por primera vez en su historia. Ello le debió producir una gran euforia al líder galo y llevado a pensar que le era factible producir una derrota definitiva a su antiguo amigo, ahora odiado, Julio César. No debió reparar en que, aunque su superioridad numérica era notable, esta era teniendo en cuenta que la mitad de sus tropas estaban por llegar, lo que no dejaba de ser un riesgo.

César, por su parte, había reunido a unos cincuenta mil soldados, o lo que es lo mismo unas doce legiones, si bien echaba de menos a los que hasta hacía poco eran aliados galos que desempeñaban labores de servidumbre. Estaba dispuesto a recuperar los terrenos que Vercingétorix y sus aliados le habían quitado, no queriendo dar ni medio paso atrás en sus posiciones. Cerca del *oppidum*⁵ de Alesia hubo una primera confrontación entre las caballerías de ambos bandos, siendo favorable para el bando romano.

Aún con todo, Vercingétorix dio orden de reunir a todas las fuerzas de que disponía, unos ochenta mil guerreros, en Alesia. Pidió ayuda a todos sus aliados, que le enviaran el que denominó «ejército de socorro», compuesto por unos doscientos cincuenta mil entre soldados a caballo y a pie.

Mientras esperaban a dichas fuerzas, César se dedicó, con sus tropas desplegadas alrededor del *oppidum*, a construir una doble muralla que, cuando la hubo terminado, no permitía entrar ni salir

5. Término latino que se refiere a un lugar elevado, como una meseta o colina, con las defensas naturales optimizadas por labores del ser humano y que servían de protección y defensa para proteger tierras de cultivo o refugio fortificado de partes habitadas. Estaban formados por muros de tierra y piedra, reforzados por traviesas de madera unidas por piezas de hierro de unos 30 cm de longitud. Dichos muros eran conocidos por *murus gallicus*.

ni mercancías ni personas, con lo que cortaron el abastecimiento de los cercados.

Cuando empezaron a llegar los refuerzos, no lograron romper el bloqueo romano, con lo que las esperanzas de los sitiados de recibir alimentos y soldados de refresco se desvanecieron.

Viendo que la situación no mejoraba y que sus tropas desfallecían de hambre, después unos cuarenta días de sitio, Vercingétorix pidió parlamentar con el romano.

Vestido con sus mejores galas, se presentó ante César y ofreció su vida a cambio de la liberación de su gente superviviente. César aceptó el trato y por ello los miles de galos salieron desarmados de Alesia, mientras su jefe era despojado de sus vestiduras y cargado de cadenas.

Vercingétorix, llegado a este punto de recuerdos, se percató de que la noche se le iba echando encima sin darse cuenta y sin sensación de tener hambre ni sed, pero sí un poco de fresco. Decidió retirarse dentro de donde había salido, procurando no pisar donde habían quedado aquellos trozos que podían herir sus pies.

Antes de entrar vio unas luces lejanas que se le antojaron fuesen hogueras y no les dio mayor importancia; al día siguiente iría a investigar lo que eran.

Se tumbó en la cama boca arriba. La tiniebla que invadía la estancia le invitaba a cerrar los ojos, dispuesto a seguir el repaso que había iniciado sobre su vida.

De lo que tuvo noticias, bastante tiempo después, es de que César no cumplió su palabra y fueron hechos prisioneros por las legiones romanas todos sus combatientes, ávidas de venganza y dispuestas a efectuar todo tipo de desmanes, bajo la complacencia de sus mandos.

Y se juró que haría lo imposible por vengarse de aquel engaño miserable. En ningún momento se le pasó por la imaginación tanta traición cuando se estaba vistiendo para irse a entregar.

Vercingétorix, en aquella penumbra, se hizo una pregunta: ¿de haber sabido el incumplimiento del romano, la lucha hubiera continuado hasta no quedar un galo en pie capaz de guerrear?

Se lo estaba preguntando cuando empezó a llegar a sus oídos un ruido que iba creciendo por momentos. Al principio pensó que se podía tratar de una auténtica legión romana de cuadrigas acercándose al galope, pero pronto desechó ese origen. El rodar sobre las calzadas romanas no producía semejante ruido. Se acercaba a gran velocidad y el tremendo sonido era ensordecedor.

Lo que fuera que producía aquello pasaba por encima de donde estaba, o al menos esa sensación le daba. No sabía de dónde surgía, pero hacía temblar tanto la cama como las paredes. Se agarró a la almohada y permaneció en tensión mientras aquello que produjera aquel estruendo, fuera lo que fuera, se alejaba al igual que se había acercado. No pensaba salir para comprobar al causante de semejante temblor. Mejor dejarlo ir. Si no era objeto de brujería, le faltaría poco.

Aquel fenómeno había alejado el recuerdo de la derrota en Ale-
sia de su mente. Y la pregunta que se acababa de plantear pasó a un segundo plano, mientras un sopor placentero le volvió a invadir...